

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA



LA JUSTICIA DEL ZAR

por

N.º 28

LVA DE PUTTI

50 cts.

## *La Novela Femenina Cinematográfica*

*Publicación semanal de asuntos de películas.*

*Redacción y Administración:  
Diputación, 292. - Barcelona*

*Año I*

*Núm. 28*

## *La justicia del Zar*

*Grandiosa producción dramática,  
interpretada por la gran trágica*

*LYA DE PUTTI*



*Edición PHOEBUS FILM A. G. - Berlín*



*GRAN EXCLUSIVA  
de*

*MODESTO PASCÓ*

*Rambla de Cataluña, 62 - BARCELONA*





## *La Justicia del Zar*

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En uno de los hospitales del antiguo San Petersburgo, un célebre cirujano acañaba de salir airoso en una operación muy difícil practicada en una mujer.

Sonia Smirnoff, alumna aventajada de la Facultad de Medicina, a quien los áridos estudios no habían robado un ápice de su encantadora feminidad, era la ayudanta predilecta del benéfico establecimiento.

Terminada la aludida operación del eminente sabio, Sonia se puso a las órdenes de éste para preparar todo lo necesario para la operación del día siguiente, y ya tarde en

la noche salió de su obligación hacia su casa, acompañada de varios compañeros de clase.

En un ambiente antípoda, muy lejos de las preocupaciones de los hombres de estudio, los oficiales de la Guardia Imperial cantaban un himno a la vida fácil y alegre, como flor amable del Jardín de Epicuro.

El vino corría como manantial inagotable en manos de los apuestos militares; y el buen humor asomaba por los labios de todos ellos.

El conde Boris Michailoff, soldado valiente y caballero pundonoroso cuando los vapores del alcohol no despertaban en él a la bestia dormida, llevaba la batuta en aquel concierto de algarabía infernal.

De pronto, abriéndose paso entre sus camaradas, se subió a una silla y, tras de vaciar en su estómago otra copa de champaña, clamó, con orgullo:

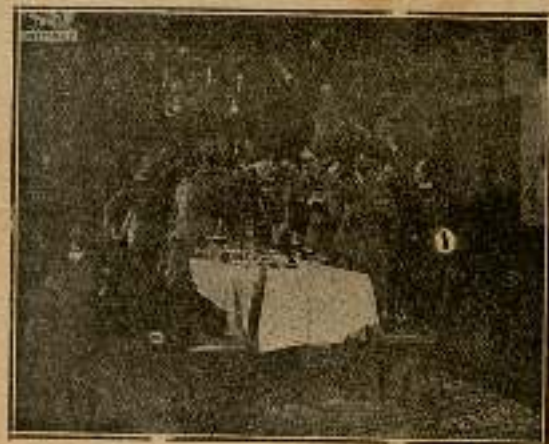
—¡Quiero demostrar a nuestro Emperador que ha dado esta condecoración a un hombre digno de poseerla!

Y diciendo eso señalaba una cruz que lucía en el pecho.

Tales palabras fueron coronadas por una

nutrida salva de aplausos, como tributo de admiración a la gloria que daba la recompensa imperial al que se hizo acreedor de ella.

Agotadas las botellas, acabóse la reunión



—¡Quiero demostrar a nuestro Emperador que ha dado esta condecoración a un hombre digno de poseerla!

de los brillantes soldados; retirándose, por grupos, a sus respectivos hogares.



El conde Boris no podía tenerse en pie, y, sin embargo, reclamaba más bebida.

Afortunadamente, aquél tenía dos inseparables amigos: Alejo y Pedro, y gracias a ellos ya no bebió más.

Pero al proponérselo el conducirle a su casa, el conde Boris se echó a reír ruidosamente, y, a la par que los miraba con extrañeza, dijo a sus amigos:

—¿A dormir tan temprano? ¡Estáis locos! Ante todo, salgamos a que nos dé un poco el aire.

—No seas terco, Boris—respondióle Alejo.—Los tres necesitamos el calor y «apoyo» de la cama. Vamos ya.

—¿Que no, hombre! ¡Si ahora es cuando quiero divertirme más!

—Pues nosotros batimos retirada.

—¿Que me dejéis, ingratos? ¡Seréis capaces? Tú, Alejo de mi alma, dame ese brazo, y tú, Pedrito, agárrate a mí, que te estás cayendo.

—¿Que yo me caigo? ¡Qué mal te veo, Boris!

—Agárrate ya, merengue. ¡Si yo puedo

más que vosotros dos juntos! Fíjate en Pedro, Alejo. ¡Si su madre lo viese en este momento!

—Deja en paz a los que duermen... y vámonos también a dormir.

—¿Te has dado cuenta, Alejo, de lo borracho que está nuestro colegial?

—Chico, a punto fijo no sé cuál de los tres está más mareado.

—Este, hombre, éste: Pedrito.

Así, entre bromas, salieron a la calle los tres inseparables amigos, dibujando, los tres, bajo la indiscutible dirección de Boris, más espirales que un *chauffeur de taxi* inexperto.

Entretanto, en su hogar humilde, los padres de Sonia la aguardaban con mal disimulada impaciencia.

—Es extraño que Sonia no haya vuelto todavía...—decía el señor Smirnoff a su esposa.

—¿Le habrá ocurrido algo?

—Pronto saldremos de dudas, Dorotea, pues voy a ir al hospital.

—¿No sería mejor que fueras antes a echar un vistazo al café donde se reúnen algunas

veces los practicantes? ¡Quién sabe si se le ha ocurrido a Sonia entrar a tomar un refresco, con sus amigos!

—Es posible. Iré allí primero.



—¿Te has dado cuenta, Alejo, de lo borracho que está nuestro colega?

La intranquilidad de los Smirnoff era lógica, toda vez que nunca Sonia se retrasara

tanto en regresar, por la noche, a su casa, como aquel día.

Hasta allí, la tardanza de la muchacha era debida al extraordinario trabajo que había tenido en el hospital, pues si bien sus compañeros se detuvieron aún en el café antes de encaminarse a sus casas, Sonia no se contentó con lo más mínimo.

Pero, casi junto a su casa, y mientras el señor Smirnoff se vestía para ir en su busca, Sonia tuvo un mal encuentro.

He aquí lo que pasó.

En la misma dirección de ella rodaba un coche sobre las piedras de la calle. El ruido de los cascos del tranco al golpear el suelo, y de las ruedas al ponerse en contacto sus buelas con el pavimento, era insignificante comparado con la jarana que armaban los ocupantes del vehículo, que eran tres.

Huelga nombrar a los escandalosos, pues ya los conocemos. La voz dominante era la de Boris. Sus dos amigos formaban el coro.

Al llegar el coche junto a Sonia, el Conde y sus amigos ordenaron al auriga que lo detuviese, se aboraron, y antes de que la mu-



chacha comprendiese la intención, Boris, bajo la inconsciencia del alcohol, le cerró el paso y le disparó su absurdo propósito de llevársela con ellos.

—Señorita, es inútil que se oponga, va usted a hacernos el honor de beber una copa de champaña en nuestra compañía.

Sonia trató de defenderse de los tres osados que, cegados por su belleza, la empujaban hacia el coche, y su impotencia causó en su organismo tal crisis nerviosa, que perdió el conocimiento.

Los ojos de los tres oficiales brillaban de codicia... y el coche siguió perturbando el silencio de las solitarias calles, camino de una posada...

El señor Smirnoff daba alcance a poco a los compañeros de Sonia, en el momento en que salían del café donde se despidieron de ella.

—¿No han visto ustedes a mi hija?

—Sonia hace ya un rato que se despidió de nosotros. Dijo que se iba a su casa directamente.

—No hace medio cuarto de hora que yo

salí de ella, sin que Sonia hubiese llegado.

—Probablemente, se habrán ustedes cruzado inadvertidamente por la calle, a menos que ella haya tomado otra dirección.

—Dios quiera que haya sido eso... y que ahora me la encuentre ya con su madre. Buenas noches.

Los compañeros de Sonia se miraron unos a otros con interrogación, mientras el señor Smirnoff, procurando imponerse a las dudas que atenazaban su espíritu, a causa de un inevitable presentimiento, corría, más que caminaba, hacia su hogar.

De vuelta en él, encontró aún a faltar a su hija.

—¿No ha venido Sonia, Dorotea?

—¿No la encontraste, Leopoldo?

—Debió estar aquí desde hace tiempo. Es indudable que...

—¿Que le ha sucedido algo malo... una desgracia quieres decir?

—¿Qué hacer?

—¡Oh, Leopoldo, tráeme a mi hija!

—¡Calla! ¿No oíste? Alguien sube la escalera.

—¡Es ella! ¡Es ella!

Abrióse bruscamente la puerta del hogar, y apareció Sonia.

Los Smirnoff quedaron aterrados.

—¡Hija mía!—gritó con desesperación la madre.

—¡Madre mía!—sallazó Sonia, arrojándose locamente en sus brazos.

El señor Smirnoff no volvía de su asombro.

¿Qué misterio era aquel?

¿Qué significaba aquella escena entre las mujeres?

—Hija mía, alegría de tu madre, ¿qué te pasa?

—¡Madre, madre mía, tengo miedo... mucho miedo! ¡Ay, madre de mi alma!

El señor Smirnoff examinó, a través de su intensa sorpresa, a su hija, y sus revueltos cabellos, y el desorden de sus vestidos, unido todo ello a la expresión de horror de su rostro, le revelaron la tragedia.

—¿Qué te han hecho, hija mía?—preguntaba la madre, trémula de angustia, y estrechando a Sonia contra su pecho con delirio.

—¡Qué vergüenza, madre!

—¡Por Dios, habla, Sonia! ¿Han abusado de ti?—dijo, al fin, el padre.

Sonia buscó protección en los brazos ma-



—Yo venía hacia aquí, cuando, de súbito, tres oficiales...

ternos, y reveló la verdad.

—¡Virgen Santa! ¡Pobre hija mía!—exclamó la anciana mujer.



—¿Y tú no eres culpable?—inquirió de Sonia el padre, indignado y dolorido.

—¡No, padre!

—No lo eres, hija mía, no. Tu madre cree en ti.

—¡Véngame, padre! ¡Tienes el deber de vengarme!

—Explicanos lo ocurrido, Sonia. ¿Quién ha sido el miserable!—prosiguió el señor Smirnoff descando castigar al villano.

—Yo venía hacia aquí, cuando, de súbito, tres oficiales...

Y penosamente Sonia fué relatando lo que le sucedió... mientras sus padres lloraban como nunca...

Terminada la confesión de la hija, y en tanto que la madre consolaba a ésta, el señor Smirnoff, reconcentrándose en sí mismo, murmuró:

—Sé lo que tengo que hacer. Mañana mismo presentaré la denuncia.



Después de una noche de malestar e insomnio, durante la cual el fantasma de la deshonra bailó una fantástica danza crispando los puños y mostrando sus dientes venenosos, Sonia acompañó a su padre a la jefatura de policía, y allí el señor Smirnoff presentó la denuncia, relatando los repugnantes hechos.

El funcionario público iba tomando nota de cuanto le decía el desolado padre, pero al llegar al punto de declarar quién era el culpable, y referirse el señor Smirnoff a tres oficiales de la Guardia Imperial, aquél le interrumpió con extraordinario asombro:

—¡Cómo!... ¿Los que ustedes acusan son oficiales de la Guardia Imperial?

Sonia comprendió por esas palabras que la alta categoría de los acusados era un obstáculo al cumplimiento de la justicia, y lo propio temió el señor Smirnoff. Sin embargo, éste, sin arredrarse, insistió, con humildad, es ejer-

to, para llegar más eficazmente al corazón de los representantes de la Ley, en su petición de reparación del daño inferido.

—Sí, tiene usted razón... toda la razón. Pe-



—Mi hija, señor, no sabe a dónde fué conducida por sus burladores...

ro, ¿qué vamos a hacer nosotros? Si al menos nos diese usted datos concretos...

—Mi hija, señor, no sabe adónde fué conducida por sus burladores... ni vió a éstos.

—¿Reconocería usted, señorita, a esos oficiales si los viese?

—Lo probaría, señor.

El funcionario público hizo una breve pausa, y luego contestó:

—Ya les avisaremos cuando se haya averiguado algo.

—Por lo que usted más quiera, señor, haga el favor de dar prisa a este asunto. Hágase cargo de nuestra angustiosa situación.

—¡No faltaría más! Pueden ustedes marcharse tranquilos.

—Gracias, gracias...

Tan pronto el padre y la hija se hubieron marchado, el secretario del funcionario público preguntó a su jefe:

—¿Qué vamos a hacer con esta denuncia? Aquél, indiferente, replicó:

—Nada. Echarle tierra. ¡Cualquiera se mete con oficiales de la Guardia Imperial!

En aquellos momentos, el conde Boris acababa de hacer su toilette y se disponía a desayunarse como los buenos.

En el rostro del militar había aún huellas de la borrachera de la noche anterior, y sus



ojuelos se resistían a prestar servicio normalmente.

El conde Boris ignoraba que alguien le esperaba en la antecámara desde mucho rato, para celebrar con él una entrevista de suma importancia.

Ese "alguien" no era nadie más que su hermano Basilio, el mayor, que se encargaba de la administración del patrimonio.

—¡Hola, Basilio! ¿Tú por aquí, tan de mañana?

—Media mañana no me parece a mí que sea pronto... ni la salida del sol.

—He perdido la noción del tiempo. Mejor. Así vive uno sin preocupaciones.

—Te ruego que me escuches, y que no tomes a broma lo que te voy a decir.

—¿Qué pasa, Basilio?

—Se trata, sencillamente, de advertirte que gastas demasiado dinero. Esto no puede continuar así.

—No te pongas matemático, Basilio... que mi cabeza no está para estas cosas.

—Es necesario que te moderes en tus excessos; de lo contrario, no sé a dónde irás a parar.

—Calla, calla, pesimista.

—Mis razones tengo de serlo. Ya sabes que dentro de tres semanas regresará nuestra tía... ¿Y crees que le gustará encontrar en tí al calaverón empedernido de siempre?

—Cuando ella esté aquí, ya será otra cosa...

—No lo creas. En un día no se hace una costumbre. Además...

—Por favor, Basilio; toma, fuma y déjame en paz.

La tristeza era cada día mayor en el hogar de los Smirnoff, pues la ofensa quedaba aún impune.

Todas las tardes, el señor Smirnoff se presentaba en la jefatura de policía, para inquirir noticias del asunto de su hija, que nunca llegaban.

Hasta que, un día, el pobre hombre, convencido de que sería inútil seguir confiando en la justicia de los hombres, rogó al funcionario público, a quien siempre se dirigiera, que le hablase con sinceridad, para saber a qué atenerse.

—Ya se le ha dicho, señor, muchas veces, que se le avisará cuando se averigüe algo—le respondió aquél en tono amable forzado.

—Pero, como dura tanto este asunto... y no sabemos aún nada...

—Vuelva pasado mañana. Si entonces no hay más datos que hasta ahora...

—Volveré. Perdón por la molestia...

De acuerdo con lo que le dijera Basilio a su hermano Boris, la tía de ambos llegó a San Petersburgo, hospedándose en la muy noble mansión de los Michailoff.

Dicha aristocrática dama era la princesa Isabel, emparentada nada menos que con la Zarina.

Enterada de la vida de disipación que llevaba Boris, la Princesa le hizo un sermón, y terminó por decirle que lo mejor que podía él hacer, era casarse cuanto antes.

Boris sonrió, sin oponerse a poner en práctica la idea de su tía. Pero, ¿con quién debía casarse, si no tenía puesto su amor en ninguna mujer?

No había más remedio que lanzarse a caza de una novia. El caso no era aburrido. La curiosidad de saber quién era la mujer frente a la cual el destino le pondría para decirle: "Te quiero y vas a ser mi esposa", era sumamente incitante.

Por su lado, el señor Smirnoff volvía, por incontable vez, a la Jefatura de policía, y en vista del idéntico resultado que las precedentes, ya no pudo abrigar la más mínima esperanza, y dijo, jadeante y vencido por el dolor:

—Entonces, es inútil que yo vuelva por aquí?

—Es, el suyo, un asunto tan complejo...

El señor Smirnoff tuvo que apoyarse en el borde de una mesa, para no caer, agotadas sus energías, al suelo, y murmuró:

—¡Ya me lo temía!

Por un momento, el indiferente funcionario público sintió lástima hacia aquel anciano que ansiaba lavar su ultrajado honor, pero esa piedad de su alma desapareció al tiempo que de su vista lo hacía el desventurado padre.

En la calle, y camino de su casa, el señor Smirnoff, que avanzaba lentamente, entregado a sus dolorosas y profundas cavilaciones, perdió de pronto el conocimiento y su cuerpo desplomóse en tierra.

Varios transeúntes acudieron a prestarle auxilio, y por obra de la Providencia ocurrió



el trascendental hecho de pasar por allí, en su coche, la princesa Isabel, y de ofrecerse ésta, por generosidad, a acompañar al enfermo hasta su casa, cuyas señas pudo él dar.

A poco, ya en su hogar, el señor Smirnoff, después de agradecer, como se merecía, la bondad de la Princesa, que también entró en la casa, se abrazó a su hija, y le dijo:

—¡Hija mía, en esta tierra no hay justicia para los humildes!

—¡No se atreve nadie contra ellos, padre! ¡Qué cobardía!

—¿Es posible, Leopoldo, que tan grave delito no tenga castigo, siquiera como ejemplo?

—Es inaudita, mujer, pero así es.

La Princesa, intrigada por esas palabras, logró saber, sin dar su nombre ni revelar su condición, el motivo de la aflicción de aquella buena familia, y, compasiva, estimuló a Sonia a no perder la confianza en la mirada de Dios que iluminaría a los hombres...

Al salir de la casa de los Smirnoff, la Princesa dio al cochero la dirección del Palacio Imperial, donde llegó al poco rato, encontrándose con su sobrino Boris a la puerta de las

habitaciones de la Emperatriz, cerca de la cual estaba, aquel día, de guardia.

—Vaya una prisa que lleva usted, tía—le dijo Boris, al verla.

—Vengo escandalizada, hijo. ¡Bonitas cosas se dicen por ahí de los oficiales de la Guardia!

Boris quedó suspenso al oír esas palabras, y si bien recordó su hazaña de algunos días antes, no supuso que él era, precisamente, uno de los tales oficiales.



La Zarina recibió afablemente a la Princesa, y ésta se dispuso a contarle lo que tanto la había indignado.

Entretanto, un niño corría detrás de un hermoso perro, y fué a caer a los pies de Boris, sin hacerse el menor daño. El niño era el príncipe heredero. Seguía a su padre, el Zar, sonriendo, enamorado de su hijo, contrastando

su alegría con la severidad de su rostro poblado de cuidada barba.

—Vamos, hijo mío, ve a tus habitaciones, mientras yo le hablo a mamá. Y cuidado con no caerte de nuevo —dijo el augusto personaje al príncipe heredero.

Marchóse el niño, y Boris saludó militarmente al Zar, que tuvo para él algunas palabras amables.

—¿Su Majestad está sola?

—Con Su Alteza, la princesa Isabel, Majestad.

—¿La princesa Isabel?

—Sí, Majestad.

El Zar empujó la puerta de la antecámara, y apareció ante su imperial esposa y la Princesa, a quienes encontró preocupadas.

La Zarina no acertaba a comprender cómo era posible que oficiales de la Guardia Imperial hubieran cometido la repugnante hazaña de abusar de una doncella.

El Zar, ante el enojo que no podía disimular su esposa, no pudo menos de decir, después de besarle la mano la Princesa:

—Las voy a ustedes serias... ¿Sucedó algo de particular?

Las dos mujeres cambiáronse varias miradas, sin atreverse a enterar de lo que ocurría al Zar.

Mas éste, muy amable, insistió en saber lo que pasaba.

—Señoras mías, creo que no debe haber secretos para el Emperador. A ver, explíquense.

No hubo más remedio que complacer al Zar, confiando en su nobleza, y la Zarina refirió lo que le acababa de notificar la Princesa.

—¿Oficiales de la Guardia? ¿Quiénes son esos tres oficiales, Princesa?—preguntó, severísimo, el Zar.

—Se ignora en absoluto. Ya comprenderá Vuestra Majestad que la policía no se atreve a hacer averiguaciones. Como se trata de oficiales de la Guardia Imperial...

El Zar, indignadísimo para sus adentros, despidióse de las damas, y al cruzar por segunda vez al conde Boris, dijo:

—Que el Coronel de la Guardia pase inmediatamente a mi despacho.

Y se cumplió en el acto la orden.

Presa de temores, Boris se preguntaba qué iba a resultar de todo aquello.



El Coronel no se hizo esperar.

—¿Vuestra Majestad ha mandado llamarme?

El Zar, sin deponer su actitud indignada,



—Coronel, quiero que antes de las siete de la tarde se sepa quiénes son esos tres indignos oficiales.

miró fijamente al Coronel, hablóle del grave asunto y le manifestó:

—Coronel, quiero que antes de las siete de

la tarde sepa quiénes son esos tres indignos oficiales.

El Coronel se puso furioso, a su vez, y fué inmediatamente al encuentro de todos los oficiales.

Sin embargo, aún se hizo proceder por un ordenanza con la consigna de que nadie se ausentase.

—¿Qué es lo que sucede? Tenemos orden de no movernos de aquí hasta que venga el Coronel—se decían unos a otros.

Alejo y Pedro, que estaban entre los demás, no podían tampoco suponer que se trataba de poner en claro su mala acción.

Nadie se movió, pues, de su sitio.

A poco se presentó ante los oficiales el Coronel, y con entonación que ponía de manifiesto su conturbado estado de ánimo, se expresó en los siguientes términos:

—Señores, tres oficiales de la Guardia Imperial ofendieron de hecho a una mujer. Su Majestad el Zar desea saber quiénes son los culpables. De modo que ya saben ustedes cuál es su obligación. Hasta las siete de la tarde espero en mi despacho sus declaraciones.

Alejo y Pedro, esforzándose en disimular su sorpresa, y mientras los demás oficiales comentaban entre sí el incidente, se trasladaron al Palacio Imperial, para esperar a Boris, que



*—De modo que ya saben ustedes cuál es su obligación. Hasta las siete de la tarde espero en mi despacho sus declaraciones.*

debía ser relevado en aquellos momentos.

No es necesario describir la angustia que se apoderó de los tres oficiales, que se apre-

suraron a ir a casa del Conde, para buscar juntos, y a solas, una solución.

Al llegar a destino, Boris encontró en su casa a su tía, quien le puso al corriente de haber denunciado al Emperador la infamia que cometieron con una pobre muchacha tres oficiales de la Guardia Imperial, y añadió:

—¿Sabes ya, acaso, si la denuncia ha dado algún resultado?

Boris y sus amigos clavaron sus ojos en la Princesa, que no comprendía tan insólito mirar, y el primero delatóse:

—¡Yo soy uno de esos tres oficiales!

—¡Y nosotros, los dos restantes!—añadieron Alejo y Pedro.

—¡Oh, Dios mío, si lo hubiese sabido antes! ¿Y qué vamos a hacer ahora?—lamentóse la Princesa por la vergüenza por que debería pasar su sobrino si se supiese la verdad.

Y, egoísta, sólo por defender el nombre sin mácula de la familia, la Princesa aconsejó, hasta ver de encontrar otro medio menos cruel de reparar la falta, que ninguno de los tres culpables confesara la verdad... aunque fuese el mismo Emperador quien lo exigiera.



A las siete de la tarde, el Coronel seguía sin noticias de ninguno de sus oficiales, y fuerza fué que se trasladara a Palacio para comunicar a Su Majestad el silencio de los autores del hecho.

—He esperado hasta ahora, Majestad, y ni uno solo de los oficiales se ha presentado a declarar.

El Zar frunció el ceño y respondió secamente, con reproche, al viejo militar:

—No me ha comprendido usted bien, Coronel. He MANDADO que se averiguase la verdad. Que mañana, a las nueve de la mañana, se presenten en la sala de audiencias todos los oficiales de la Guardia.

Se acató la orden imperial, y a la mañana siguiente, a la hora convenida, todos los mencionados oficiales formaron en Palacio.

Boris, Alejo y Pedro estaban de acuerdo en callarse.

El Coronel, que no había sabido leer en el rostro de sus subordinados la culpa de tres de ellos, ardía en deseos de conocer a los mismos, aunque, a decir verdad, preferiría que la acusación formulada contra oficiales de tan hon-

roso cuerpo, no fuese cierta, para satisfacción de su fuero interno.

Una hilera de apuestos militares esperaba la llegada del Zar.

Éste no tardó en presentarse, recibiendo, de un modo magnífico, de los brillantes oficiales, los honores que le correspondían.

Con el Zar iban Sonia y su padre, quienes no osaban casi avanzar, y a los que los culpables no se atrevieron a mirar más de una vez.

La Princesa había ido a casa de Sonia, con objeto de rogarle que no reconociese delante de todos, y, principalmente, del Zar, a Boris ni a sus amigos, a cambio de una promesa de arreglo del asunto por otra vía, pero se encontró con que ya estaba en Palacio. En vista de ello, la Princesa se dirigió en su coche allí, y llegó tarde para impedir que Sonia fuese introducida con el Zar en la sala de audiencias, a presencia de los oficiales, no cupiéndole a aquélla más suerte que espiar, detrás de una puerta, lo que fuera ocurriendo.

El Zar estimuló la caballería de sus oficiales, para que se presentaran los culpables, y como todos se hicieron el sordo, terminó por decir:

—Por última vez pregunto: ¿Quiénes son los tres culpables?

Nuevo silencio, y mayor despecho del Zar, quien, al fin, decidido a imponer el más severo castigo a los desleales, autorizó a Sonia a que tratase de reconocerlos.

—Vea usted misma, señorita, si reconoce a alguno de los tres oficiales que la ofendieron.

La escena resultó imponentísima.

Sonia, pálida como una muerta, miró detenidamente, uno a uno, a los oficiales, no reconociendo a Alejo ni a Pedro. En cambio, al llegar casi frente a Boris, se detuvo más que con los otros, y como él temía que otro podía ser acusado, no pudo resistir más la farsa, y se salió de la fila de sus compañeros, confesándose culpable.

—¡Soy yo, Majestad!

Sonia retrocedió sorprendida, y, lejos de aborrecerlo, en su alma sintió agradecimiento hacia Boris.

Tan pronto se hubo delatado el Conde a sí mismo, Alejo y Pedro le imitaron, saliéndose también de la fila.

—¡Y yo!—dijo el uno.

—¡Y yo!—el otro.

La Princesa sufría horriblemente en su oculto observatorio, y aun tenía esperanzas en la



—¿Quién de los tres es el verdadero culpable?

consideración de Su Majestad, tratándose de Boris, su sobrino, pero pronto vió defraudados todos sus buenos propósitos.

En efecto, el Zar, dirigiéndose a los tres amigos, les preguntó:



—¿Quién de los tres es el verdadero culpable?

Como confabulados de antemano, el verdadero culpable guardó la incógnita.

Entonces, el Zar, resuelto a acabar de una vez con aquel asunto, y persuadida de que sería imposible obtener la verdad de ninguno de los tres amigos, figurándose que podía haber, tal vez, entre ellos, un compromiso de honor, se dirigió sin vacilar al Conde, y, reuniendo en una sola mirada todo el enojo que le había causado, obligándole, con su silencio, a llegar a aquel extremo, le arrancó del pecho la condecoración a que se hubiera acreedor en otro tiempo, y le dijo:

—Usted, conde Boris, es el más rico de los tres. Dentro de cuarenta y ocho horas se casará con la señorita.

#### Asempbro general

Sonia se emocionó, mas ni por un momento sintió remordimiento ante la severidad con que el Zar trataba al Conde; antes, al contrario, la idea de ese casamiento le agradaba.

—Inmediatamente después de la boda, ustedes tres serán desterrados a Siberia... y sus

bienes pertenecerán a la futura condesa de Michailoff.

La pena impuesta resultaba excesiva, mas



*...le arrancó del pecho la condecoración...*

nadie se atrevió, siquiera para sus adentros, a disentirla.

—A la ceremonia de la boda, que se cele-

brará en la capilla de Palacio, asistirán todos los oficiales de la Guardia Imperial con uniforme de gala—acabó diciendo el Zar.

Poco después de conocido el castigo que se les imponía, Boris, Alejo y Pedro, en casa del primero, se maldecían a sí mismos por su malaventura.

La Princesa, decidida a apelar a todo para obtener algo en favor de los culpables, les dió ánimos:

—Debemos confiar en que todo se arreglará de la mejor manera posible.

—¿Olvidas que ha sido el propio Emperador quien ha dictado la sentencia?—contestó Boris.

—No hay que desesperar. Yo hablaré con la Zarina y quizás entre las dos encontremos una solución.

—Será inútil, tía.

—Espera. Pronto haremos de verla.



Boris tuvo razón. Por más que la Zarina y la Princesa procuraron obtener la gracia de los castigados oficiales, el castigo se cumplió al pie de la letra, empezando por la boda de Boris y Sonia, rodeada la ceremonia de todas las características que correspondían al rango del novio, y al hecho de asistir a la misma el Zar.

Alejo y Pedro apadrinaron a los contrayentes, y uno y otro sostuvieron sobre las respectivas cabezas de aquéllos la corona conal.

El obispo bendijo la unión, y al finalizar el acto, según el rito, indicó a los desposados que se besaran.

Sonia alzó sus bellos ojos hacia su esposo, que se negaba a mirarla, y le ofreció humildemente sus labios. Boris hubo de besarla, pero lo hizo con frialdad que heló el alma de la alba novia.

Después de la boda, el Coronel separó a Sonia de Boris, para conducirla a un aposento



privado, de donde debía recogerla algún familiar del Conde, para conducirla a su nueva casa, y antes de desaparecer de su vista, Sonia miró con tristeza a su esposo, y a los amigos



*...el castigo se cumplió al pie de la letra, empezando por la boda de Boris y Sonia.*

de éste, que iban a ser desterrados en el acto.  
¡Cuán contenta y, a un mismo tiempo, cuán afligida estaba!

Boris correspondió a esas miradas de piedad

de la ofendida vengada, con el desprecio del desprecio, lo propio que Alejo y Pedro.

A los pocos momentos de entrar Sonia en el



*...y antes de desaparecer de su vista, Sonia miró con tristeza a su esposa.*

indicado aposento, el Coronel arrestó a los oficiales condenados a destierro, y los despojó de

sus espadas, para hacerlos conducir, por un piquete de soldados, a las prisiones militares, en espera de su deportación.

Sonia sentía la ineludible necesidad de hablar con Boris, y antes de que se fueran imploró al Coronel que le permitiese cambiar con aquél unas palabras.

Acedió el viejo militar, y Boris acudió de mala gana a la entrevista con su esposa.

—¿Qué es lo que desea usted?—preguntóle con desdén.

—Siento que voy a ser madre, señor... y quisiera saber quién de ustedes es el padre de mi hijo.

Boris, lleno de ira, rechazó a la infeliz.

—¿Quiere usted un consejo, señora? ¡Busque usted un padre, como ha buscado un marido!

—¡Por favor, hable usted! ¡De rodillas se lo pido! ¡Dígame quién es el padre de mi hijo!—gimió Sonia arrastrándose a los pies de Boris.

—¡Nunca lo sabrá usted! ¡Esa será la venganza de los que sufrirán por su culpa!

Luego, al salir Boris de la desagradable entrevista, ordenó al mayordomo de su casa, que

estuvo aguardando órdenes suyas:

—Acompaña a la Condesa a casa de sus padres.



—¡Nunca lo sabrá usted! ¡Esa será la venganza de los que sufrirán por su culpa!

Algunos días más tarde, después de un lar-



go viaje, llegaron los desterrados a los límites de la desolada Siberia.

Y alrededor de aquella misma hora, la nueva condesa de Michailoff entraba en el hogar de su marido, que en adelante sería su propio hogar, y se detenía, emocionada, ante el retrato al óleo de Boris suspendido en la pared encima de la ardiente chimenea.

...  
Dos años habían transcurrido para todos.

Una epidemia de tifus se extendió por toda la Siberia, y la guadaña de la Muerte amenazaba la cabaña de los desterrados, atacando a Alejo.

En aquellos dos años había florecido la maternidad de Sonia, a quien, por su bondad a toda prueba, su talento y excelente carácter,

querían, la Princesa como a hija, y el hermano de Boris como a hermana.

Un día, Sonia, contemplando a su hijo de-

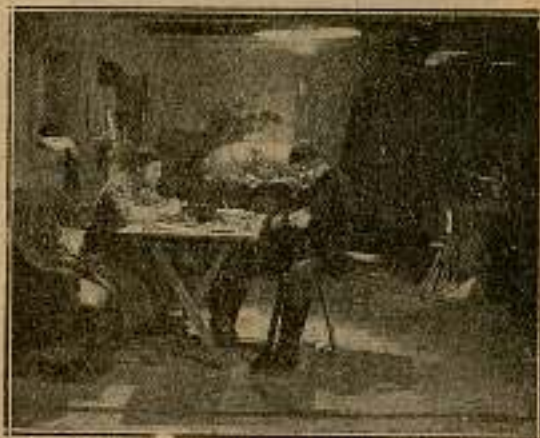


*...y se detenía, emocionada, ante el retrato al óleo de Boris...*

lante del viejo mayordomo de la casa, preguntó a éste:

—Tú, seguramente, habrás conocido a tu amo desde que nació. ¿Le encuentras algún parecido con este niño?

El mayordomo, que se lo callara siempre,



...y la guadaña de la Muerte amenazaba la cabaña de los desterrados, atacando a Alejo.

no pudo mentir.

—Sí, señora... los ojos son los de él. Son los ojos de los Michaeloff.

Describir la alegría de Sonia ante aquella

afirmación, sería un agravio a la realidad, pues ni ella misma podía explicarse lo feliz que era sabiéndose madre del hijo de su esposo.

El mayordomo se echó de pronto a llorar.

—¿Qué es lo que motiva tu llanto?—preguntóle Sonia, intrigada.

—He sabido que allá, en Siberia, hay una epidemia de tifus... Usted comprenderá, señora... He llevado al señor Conde en mis brazos...

Sonia alarmóse y su espíritu se mecía en la alternativa de la alegría y del dolor.

En tanto, en el lejano destierro, los tres inseparables amigos recibían correo.

Boris leyó el sobre de la carta que llevaba su nombre, y la arrojó de sí con ira.

—Mi señora esposa no se cansa de escribirme. Y eso que le devuelvo todas sus cartas sin abrirlas.

Alejo y Pedro no prestaron mucha atención a lo que les decía su amigo, pues el segundo le leía al primero—para que no se cansara—una carta de los suyos, que los hacía llorar a los dos.



*¿Cómo te encuentras, Alejo? Nosotros, todos buenos. Lo mismo creemos de ti.*

*No sabes con cuánto afán deseamos que vuestro destierro sea pronto levantado, para poderle abrazar mil veces con toda nuestra alma.*

*Sabrás que tu prima Luisa se ha casado. Todos habríamos sido felices, si tú hubieses estado con nosotros.*

Peró aquel día, al tirar la carta de la esposa al suelo, para pisarla y devolverla luego, Borís vió asomarse por uno de los cantos el cartón de una fotografía. Recogió la carta. Comprobó que sus amigos no se fijaban en él, y su estupefacción fué inenarrable al verse a sí mismo en el retrato de un niño. ¿Era su hijo? ¡Sí, sí, lo era!

Y fué, aquel retrato, lo primero que, procedente de Sonia, no volvió a ella.

Resuelta a hacer algo por su marido, Sonia pidió audiencia al Zar, y fué complacida.

—No crea Vuestra Majestad que soy desgraciada si le pido el perdón de mi marido y sus amigos—dijo la condesa de Michailoff al Emperador—. Es que la fiebre tifoidea está



*—No sabes con cuánto afán deseamos que vuestro destierro sea pronto levantado...*

haciendo estragos en Siberia... y ya han sufrido bastante por mí.

—Los tres es demasiado pedir, Condesa..., pero su marido sí podría regresar.

—No, Majestad. Os ruego que sean los tres.

—¿Pero para qué quiere usted aquí a los tres? ¿No le basta con su marido?

—¡Es que no sé quién es el padre de mi hijo, Majestad! Mi marido no lo reconoce como a tal.

—Es verdad. Está bien. No se preocupe usted. Yo haré que esos tozudos oficiales rompan su mutismo y que regrese solamente el padre de su hijo.

—¡Gracias, Majestad!

El Zar cumplió su promesa, y la orden de amnistía para el padre del hijo de Sonia llegó a la cabaña de los desterrados, en la que seguía enfermo Alejo.

—¡Orden del Emperador!—exclamó el cosaco portador de la misma—. El padre del hijo de la condesa de Michailoff ha sido indultado y puede regresar a Rusia.

Alejo y Pedro miraron interrogadores a Boris, mas éste, sin titubear, dijo al soldado:

—Conteste usted en nuestro nombre al Emperador: "O los tres, o ninguno".

Alejo, desde el lecho, tendió sus brazos a Boris, y al abrazarle éste, le advirtió:

—No te arrepentirás de tu generosidad de ahora, Boris!

—¡Nunca, amigo mío!

Y Pedro, juntándose a sus dos camaradas,



—¡Orden del Emperador! El padre del hijo de la condesa de Michailoff ha sido indultado y puede regresar a Rusia.

estrechó, con lágrimas en los ojos, las manos de Boris.

Nunca, nunca, por nada, se rompería aquella admirable amistad.



Sonia esperaba ansiosa el resultado de la orden del Emperador, y con la Princesa se lamentaba de que Boris le devolviese todas sus cartas sin siquiera abrirlas.

Enterada la Princesa de la entrevista que Sonia celebró con el Zar, y de la promesa hecha por éste, opinó que no regresaría ninguno de los tres oficiales sino juntos, y como una y otra estaban convencidas de que Boris era el verdadero padre de la criatura, decidieran suplicar la amnistía de los tres.

El Zar acababa de recibir la contestación negativa de los desterrados cuando la Princesa era introducida a su presencia.

—Llega usted a tiempo, Princesa. Lea usted lo que me telegrafian de Siberia: "Conde Boris ha contestado: la libertad para los tres o para ninguno".

—Me lo temía, Majestad.

Esa respuesta, en vez de enojar al Emperador, le demostró cuán poderosa era la fidelidad de los tres oficiales entre sí, y si bien reconocía que eran torzudos, no dejaba de apreciar que eran unos buenos muchachos en el fondo.

La Princesa suplicó encarecidamente al Zar que fuese piadoso con los tres oficiales, y, bien dispuesto en favor de todos, el Emperador contestó a aquélla:

—Estoy decidido a complacerla, Princesa. ¿Qué quiere usted que se haga ahora?

—Ruego a Vuestra Majestad que perdono a los tres. Su falta fué uno de esos pecados disculpables de la juventud.

—De acuerdo, Princesa, pero primero quiero romper su torquedad. El padre de la criatura ha de declararse.

—Majestad, ¿no sería lo más acertado que la Condesa vaya a ver a los desterrados?

—¿Y cree usted que la Condesa conseguirá lo que yo no he podido conseguir?

—Sí, Majestad... porque lucha por su hijo.

—¡Estas mujeres! ¡Que siempre han de salirse con la suya!

—¿Qué buena es Vuestra Majestad!

El Zar firmó unos documentos, y ordenó que los mandasen en un sobre a Siberia, para ser entregados a la condesa de Michailoff al llegar allí.

Era una sorpresa.



En Siberia, seguía la epidemia llamando a las puertas de la miserable cabaña.

Sonia llegó a la frontera, y le fué entregado el sobre del Emperador, que contenía un indulto para cada uno de los tres desterrados.

Llena de felicidad, Sonia llegó a destino, en ausencia de Boris, que había ido a las oficinas a reclamar con urgencia la visita de un médico para Alejo.

—¡Ella!—exclamaron Alejo y Pedro, pasmados.

Sonia, deliciosamente natural, saludó a los infelices, y les preguntó dónde podía lavarse un poco.

Pedro indicó a Sonia que pasase a la habitación inmediata a la que ellos ocupaban, y que correspondía a Boris, y así lo hizo ella al momento.

—Alejo, ¿tú entiendes eso?—preguntó Pedro a su amigo.

El enfermo pronunció con cierto trabajo:

—Esa mujer es buena, Pedro. Si no lo fue-

se no vendría aquí, donde sólo hay miseria.

—Tienes razón, Alejo.

Boris llegó a poco. Aun vió el coche que condujo a Sonia a la cabaña, y apresuró el



—¿Y cree usted que la Condesa conseguirá lo que yo no he podido conseguir?

paso para enterarse de quién había llegado a ella.

Boris regresaba sin ningún médico, porque había tantos enfermos que les era imposible



a aquéllos acudir a todas partes diligentemente.

Alejo y Pedro no dijeron una palabra a Boris, hasta ver qué diría él al encontrarse de repente con Sonia.

La sorpresa del Conde fué inmensa. Al momento, la sangre afluyó a su rostro, y sólo vió en Sonia a la causante de sus desdichas.

—¿Qué viene usted a hacer aquí?—le preguntó, encerrándose con ella en la habitación donde se lavaba.

—A esa pregunta puede contestar uno de ustedes tres, declarándose padre de mi hijo—respondió, muy animada, Sonia, brillándole los ojos de alegría al volver a ver a Boris.

El no notó lo último, y fué duro con ella.

—Usted ha visto cumplida su venganza, señora... ¿Cree usted que yo me dejaré arrebatar la mía?

—¿Venganza? ¿Es posible que piense usted en ella, cuando su amigo, pues me he enterado, se muere? Yo no soy tan mala como ustedes, acaso, me creen.

Boris, no se atrevió a oponerse al deseo de su esposa de permanecer en la cabaña, y po-

ner a contribución sus conocimientos médicos para atender a Alejo, y bien pronto los cuidados de la mujer, y la bigiense que llevó a la cabaña de los desterrados, alejaron el fantasma trágico del tífus.

Y un día, los tres amigos así hablaron:

—Alejo pronto estará completamente curado. ¿Y qué pasará luego?—dijo Pedro.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a tu esposa.

—¿Mi esposa? ¿Y a mí qué me importa esa mujer?

—¿Tienes una compañera que no te la mereces, Boris! ¿Quisiera estar en tu caso para besar el polvo que ella pisa!—añadió Pedro.

—Sí, Boris, lo que tu esposa ha hecho por todos nosotros no lo hubiera hecho nadie—afirmó Alejo.

Pero Boris no les escuchaba.

Sin embargo, un poco después, Sonia vió llegar a su lado a su marido, y le pareció a ella que el mundo se volvía más bello que nunca. ¿Se habían, tal vez, acabado ya los sufrimientos morales? ¿Iba a decirle, al fin, Boris, que olvidase el pasado para ser, en adelante, los más felices mortales?

—¿Puedo hablar con usted, señora?

—¿Por qué no? Pase...

Boris vaciló un poco y acabó por decir:

—El invierno se acerca y es muy crudo aquí... Me parece que lo más conveniente es que se vuelva usted a Rusia cuanto antes.

—¿Es eso todo lo que tiene usted que decirme?

—Nada más que eso.

—Le agradezco su interés, señor Conde... pero he decidido quedarme aquí.

Algunos días después, Alejo se levantó, y con Pedro se mostró reconocido a las bondades de Sonia.

—Condesa, ha sido usted el hada buena para nosotros. ¿Cómo podremos agradeceréle?

Sonia, esperanzada, dijo a sus amigos:

—¿Serán ustedes capaces de mentirme?

—No, Condesa.

—Pues bien. ¿Es alguno de ustedes dos el padre de mi hijo?

Alejo y Pedro se miraron silenciosamente y respondieron a una que no.

Sonia suspiró profundamente, y exclamó:

—¿No saben ustedes el bien que acaban de

hacerme! ¡Es él... es Boris! ¡Ahora sí que tengo la seguridad de ello! ¡Gracias, amigos míos, gracias! Yo también he de dar a ustedes una buena noticia. Esperen un momento.



—¿Serán ustedes capaces de mentirme?

Sonia fué a su habitación, cogió los indultos de Alejo y Pedro, y volvió a su lado.

—Aquí tienen ustedes su amnistía. El Emperador no ha querido negarme esa gracia.

—¡Oh, eso es demasiada bondad, Condesa!



—¿Y Boris?

—¿Boris? Tiene que pedirme el indulto él mismo, para dárselo con todo mi amor. Díganle ustedes, cuando venga, que en mi cuarto le espero... que allí le daré, si me lo pide, el indulto... y no le digan nada más.

Boris volvió un poco más tarde, y sus amigos le enseñaron, llenos de dicha, los indultos, manifestándole que el que le correspondía lo tenía Sonia, a quien tenía que pedirselo.

—¿Mi esposa quiere que yo le pida mi gracia? ¿Qué se ha creído esa mujer?

Irritadísimo, Boris empujó la puerta de la habitación de Sonia, y la increpó groseramente, vigilándole Alejo y Pedro indignados con su amigo.

—¡Son ya demasiadas humillaciones! ¡Mi hijo y yo renunciemos a todo el bien que pueda venirnos de manos de usted!—gritó Boris a su esposa.

La paternidad de Boris era ya indiscutible, pero Sonia, herida en sus sentimientos, decidió acceder a la renuncia del esposo, y rogó a Pedro que la acompañase a la estación, para regresar inmediatamente a Rusia.

Pero ella quería tanto a Boris, al esposo y al padre, que, al quedar un momento sola, cayó de bruce sobre un sillón para desahogar su pena en lágrimas.



—¡Ahora podemos regresar todos juntos!

El rumor del llanto, y los reproches que le dirigían sus amigos, removieron la conciencia de Boris, y la idea de venganza fué vencida por el amor.

Alejo y Pedro empujaron a Boris hacia la

habitación donde se moría de dolor la esposa, y el único culpable le pidió perdón... y ella perdonó.

Alejo y Pedro se unieron a la feliz pareja, más felices todos que nunca.

Y Sonia, enamorada de Boris, musitó:

—¡Ahora podemos regresar todos juntos!

FIN

*Con esta novela exige V. la postal-obsequio de*

GEORGES BISCOT

*Prohibida la reproducción.*

*Revisado por la censura gubernativa.*

*Imprenta de la Novela Femenina Cinematográfica. — Barcelona*

PRÓXIMO NÚMERO

LA SENTIMENTAL

NOVELA

# EL ERROR DE UNA MADRE

CREACIÓN DE  
DOROTHY  
DALTON

EXCELENTE ASUNTO

POSTAL-OBSEQUIO:

Mae Murray

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA

*Sale todos los viernes. Precio 30 cts.*



NÚMEROS PUBLICADOS:

N.º	TÍTULO	POSTAL-OBSEQUIO
1	Genoveva de Brabante	Viola Dana
2	Los héroes del mar	Thomas Meighan
3	El testamento del capitán Applejack	Priscilla Dean
4	La orfandad de Chisoulin	Herbert Rawlinson
5	Sin rumbo	Maria Jacobini
6	Una niña a la moderna	Lucas Castelani
7	La hermana blanca	Alice Terry
8	El egoísmo de los hombres	Lew Cody
9	La mujer de bronce	Lillian Gish
10	El árabe (especial)	Harrison Ford
11	Esposas sin amor	Olmette Madelle
12	El ciclón	Rod La Rueque
13	La eterna lucha	Betty Compson
14	Malva	Glenn Hunter
15	Menfina amorosa	Lola Wilson
16	La Ciudad del Silencio	Charles Ray
17	La princesa de bronce	Edo Bennett
18	La chispa	Jack Pickford
19	Oh, mujeres, mujeres!	Lya Mara
20	El Delirio del Jass (especial)	Harry Liedtke
21	El fin del mundo	May Mac Avoy
22	El fuego de la Novia	León Mathur
23	Pasó la juventud	Mary Philbin
24	La Medalla del Torero	Owen Moore
25	Gracias a ellas	Betty Bronson
26	Los rapaflos de la suerte	Rodolfo Valentino
27	Eclipse de estrellas	Loatrice Joy
28	La justicia del Zar	Georges Biscot

AYER APARECIÓ

EL N.º 4

de la original publicación de  
*Biografías de Artistas*  
de la Pantalla

*La Novela Intima*  
*Cinematográfica*

Contiene la biografía del  
simpático artista  
**ANTONIO MORENO**

Profusión de datos y fotografías.  
Regalo de una hermosa postal.  
Precio popular: 35 cts.

